



RECTORIA

Discurso del Rector en la Sesión Inaugural de la Facultad de Ciencias - Salón de Honor - 16 de marzo de 1965.

Al inaugurar oficialmente los trabajos de la Facultad de Ciencias no quisiera decirles un discurso de corte solemne, cargado de énfasis filosófico y exornado de citas prestigiosas, ni reiterar les conceptos acerca de la ciencia y su significado en la sociedad contemporánea, que ya tienen la poco atractiva condición de tópicos, sino insistir en los propósitos que inspiraron la creación de este nuevo organismo académico y en lo que puede ser su desarrollo ulterior en la vida de nuestra Universidad.

La idea de Universidad está unida a la idea de ciencia y, en cierto modo, se identifica con ella en el ámbito de la cultura occidental. El conocimiento en todas sus formas, su desinteresado cultivo y -lo diremos con palabras de Bacon- su "dignidad y aumento" ha sido y es objetivo primordial de la actividad universitaria. A la Universidad compete conservarlo como tradición cultural, transmitirlo en su labor instructiva y acrecentarlo por medio de una investigación incesante. Puede haber -y las hay- otras instituciones que cumplan alguna de estas vitales tareas, pero la Universidad tiene de ellas una responsabilidad integral.

Nuestra Universidad las ha cumplido, desde su fundación, y las está cumpliendo en la escala que permite su ya crónica insuficiencia presupuestaria. Sin embargo, durante decenios prevaleció en ella la conservación y trasmisión del conocimiento, especialmente de aquel indispensable para la buena formación de profesionales, no dándosele, en sus Facultades, al menos pareja importancia a la búsqueda de nuevas ideas científicas, a la indagación crítica y creadora, como tampoco a la difusión sistemática de la ciencia en amplios círculos de la sociedad. La aplicación profesional de la ciencia imprimió carácter a nuestra enseñanza superior.



RECTORIA

Esta situación se ha ido modificando, desde hace tiempo, de un modo acelerado, porque estábamos en rezago con respecto a las tendencias y cambios de la Universidad moderna. Han surgido, así, Institutos y Centros, muchas cátedras han transformado su anacrónica estructura, asignándole a la investigación el rol que debe desempeñar en la docencia, tanto los profesores como los estudiantes muestran interés creciente por el trabajo de laboratorios y seminarios. En fin, la ciencia tiene ahora, en nuestra Universidad, la alta función que le corresponde.

La creación de la Facultad de Ciencias constituye un hecho importante para el futuro científico de nuestra Universidad y del país. No se trata de un acto meramente administrativo, que valga apreciar como iniciativa útil para la mejor organización de nuestra Universidad. Hay algo de eso, sin duda, pero mucho más. La Facultad de Ciencias es la expresión institucional de la voluntad de dar impulso, en nuestra Universidad, al espíritu científico, organicidad y fuerza a sus manifestaciones aún dispersas y débiles, cauce y perspectiva a los esfuerzos de quienes se consagran, a menudo sin reparar en renunciaciones materiales, a la patética aventura del conocimiento.

Patética aventura es, en efecto, la que emprende el espíritu en su búsqueda de la verdad porque mientras más avanza en el camino de la ciencia, más se ensancha el horizonte de lo desconocido. "En todos los modernos progresos científicos -advertía Max Planck- la solución de un problema hace aparecer el misterio de otro". Estamos lejos -y excúsenme Uds. la digresión un tanto profesional- del restringido concepto de la ciencia que tuvo el positivismo del siglo pasado, revivido bajo novedosos atuendos lógicos en el nuestro. La ciencia, en sus audacias teóricas, va mucho más allá de la simple descripción del orden de los fenómenos en busca de una explicación que satisfaga



RECTORIA

la ansiedad racionalizadora de la inteligencia.

No cabe poner límites, separándola de la especulación trascendental, al afán esclarecedor de la razón científica. Ciencia y filosofía se encuentran unidas frente a los grandes problemas del hombre. Quizás sea oportuno recordar palabras de un físico eminente, Werner Heisenberg, para quien " las vulgares divisiones del Universo en objeto y sujeto, mundo interior y mundo exterior, cuerpo y alma, no sirven ya más que para suscitar equívocos. De modo que en la ciencia el objeto de la investigación no es la naturaleza en si misma, sino la naturaleza sometida a la inteligencia de los hombres, con lo cual también en este dominio el hombre se encuentra enfrentado a sí mismo ".

Tampoco puede pretender validez en nuestros días la distinción formal -tan frecuente en los textos de filosofía, siempre proclives a las sutilezas didácticas - entre ciencia pura y ciencia aplicada. La ciencia se hace por el "honor del espíritu", pero se hace también para favorecer nuestra industria. El valor teórico del conocimiento y su valor instrumental son inseparables, como lo muestra en su impresionante curso la revolución científica y tecnológica que se opera a nuestra vista. La ciencia como sistema de símbolos conceptuales que traducen el orden real del mundo físico, y la técnica como ~~exterior~~ ~~exterior~~ constructora de instrumentos que perfeccionan la acción y el trabajo, son manifestaciones estrechamente correlativas de la misma voluntad de poder sobre las cosas.

De lo dicho fluye que la Facultad de Ciencias no puede ser lesiva de las actividades específicas de las Facultades en que predomina el objetivo de formar profesionales. La buena formación profesional requiere una seria base científica, como también requiere una clara conciencia ética de la función social que se va a desempeñar. Sin ello, tendremos profesionales rutinarios y egoístas, incapaces de aprovechar oportunamente, para mejorar su propia faena, los pro



gresos del pensamiento científico y, menos aún, de contribuir a enriquecerlo con los posibles logros de una experiencia sometida al análisis metódico de una inteligencia crítica.

Las relaciones de la Facultad de Ciencias con las demás Facultades en que se emplean las disciplinas matemáticas y naturales tienen que ser verdaderamente orgánicas, funcionalmente expeditas y constructivas. Una vez que se hayan dado las condiciones para ello, la coordinación y la responsabilidad de la enseñanza y la investigación de las llamadas ciencias básicas corresponderá, en la Universidad, a esta Facultad de Ciencias. Ella preparará el personal de científicos que la Universidad y el país necesiten y ella cuidará que la enseñanza impartida en las distintas Facultades se mantenga en el grado conveniente de excelencia teórica y práctica.

Las dificultades administrativas que puedan suscitarse a causa de la dependencia de investigadores y docentes de varias Facultades a la vez son de índole subalterna y fácilmente superables, si se planifica con criterio universitario, por encima de inconsultas pretensiones autárquicas, la enseñanza superior y la investigación científica. No se trata de forzar atolondradamente la compleja realidad universitaria, constriñéndola para encerrarla en esquemas de lógica simplicidad. Por el contrario, se trata sólo de aprovechar racionalmente los recursos humanos, financieros y materiales de que se dispone, evitando los inútiles dispendios de una emulación mal entendida. Aún más; deben planificarse y coordinarse en conjunto las investigaciones científicas que realizan las Universidades del Estado y las particulares y otros organismos nacionales.

Señores: Me he extendido demasiado en consideraciones que, bien lo sé, son innecesarias para este auditorio de estudiosos. Antes de terminar permítanme, no obstante, que recuerde algunas reflexiones de Henri Poincaré en el prólogo de su obra de actualidad permanente, "El valor de la Ciencia", acerca de la Ciencia y la Moral. "La Mo



RECTORIA

ral -piensa él, nosotros diríamos la Filosofía, concebida como reflexión sobre la totalidad de los valores de la cultura- nos muestra el objeto adonde debemos encaminarnos y la ciencia los medios de llegar a él una vez conocido. No pueden, por lo tanto, estar en oposición y así como no puede comprenderse una moral científica, tampoco es posible imaginar una ciencia inmoral ". Lamentablemente no es así. No puede concebirse, es cierto, una ciencia inmoral, pero sí un aprovechamiento inmoral de la ciencia.

Tenemos recientes y terribles ejemplos de lo que es la barbarie científica de una civilización sin brújula espiritual. Todos los avances culturales están en peligro, si no se encauza la revolución científica y tecnológica de nuestro tiempo en un sentido de superación humana. Mientras más instrumentos de poder entrega la ciencia a los individuos y a los Estados, más imperativa se hace la necesidad de que el espíritu del hombre se abra a una comprensión generosa y fraternal del bien, la belleza, la justicia, la libertad, la paz. La ciencia sólo será valiosa en la medida que contribuya a proporcionar a la Humanidad los fundamentos de una vida digna.